



Posiciones y gestos rituales ¿Un remanente ridículo?

Ismael Berroeta.

- Octubre de 2008 -

Posiciones y gestos rituales

¿Un remanente ridículo?

El conocimiento filosófico de la tradición occidental supone que la entidad humana está integrada por tres elementos primordiales: el cuerpo, el alma y el espíritu. Estos tres elementos estarían perfilando, a su vez, tres formas de conocimiento: conocimiento intelectual, conocimiento psíquico y conocimiento holístico. En el ámbito o territorio masónico los elementos primordiales y las formas de conocimiento se asimilarían a las etapas o grados del adepto hacia un nivel avanzado: aprendiz, compañero, maestro, los cuales, a su vez, están representados por los cargos simbólicos de la logia: Segundo Vigilante, Primer Vigilante y Venerable Maestro. Estas trilogías tendrían como resultados espirituales o productos virtuales ciertos valores que se encubren con las palabras Fuerza, Sabiduría y Belleza.

La tradición universal o conocimiento unánime tiene también una expresión oriental y, aunque las formas, los estilos y los procedimientos son diferentes, los conceptos esenciales son los mismos. El taoísmo considera que la entidad humana está constituida por tres elementos primordiales: Chin, qi y shen. El distingo notable es que el concepto mismo tiene una connotación dinámica. Esto es, se trata de energías o dimensiones sutiles y no de esferas limitadas a una forma específica. La primera, es la energía generativa (cuerpo); la segunda, es la energía vital (alma); y la tercera, es la energía espiritual (espíritu). La otra diferencia destacable es que los orientales no se limitan a dominar estos conocimientos desde un punto de vista solamente especulativo, sino que para ellos sólo tienen sentido en la medida en que el adepto los hace operativos en su ser.

Todas las tradiciones reconocen que en el ser humano corriente ("materia filosófica"), por diversas razones o causas, se evidencia una falta de integración, una suerte de desarmonización de los elementos primordiales que se identificaron anteriormente, lo cual, no sólo se traducirá en estados espirituales de sufrimiento y en falta de salud, sino que tendrá un efecto en el alineamiento con los valores o la ética social y repercutirá en la conducta del colectivo humano. Al mismo tiempo o en forma paralela, las tradiciones ponen a disposición de los interesados una visión del hombre y del universo y un método para canalizar los esfuerzos de perfeccionamiento.

La visión oriental sostiene que, antes de nacer, el ser tiene sus energías integradas en una sola, no diferenciada, la cual es de la misma naturaleza que las energías del Todo. En el proceso de crecimiento, las energías se van disipando: la generativa se escapa en el deseo sexual, la vital se pierde con el desorden de las emociones y la espiritual se debilita con el aumento de la actividad mental. Este goteo no es consciente en los individuos comunes, el cual los conduce al envejecimiento y la muerte. Para combatir esa degradación, está a disposición de los interesados los procedimientos de la alquimia interna taoísta que preparan al ser para su reencuentro con el Todo.

La visión occidental, por su parte, da cuenta que, en tiempo inmemorial, la entidad humana consideraba tanto su persona como su entorno en un sentido sagrado. Con el correr del tiempo, se fue perdiendo el contacto espontáneo consigo mismo y con la totalidad. La visión holística fue cediendo terreno y hubo que recurrir a la consagración de espacios en los cuales era posible transmitir y preservar la visión tradicional mediante ritos y símbolos. El esoterismo conserva la tradición en la medida en que es capaz de transmitir mediante el rito y el símbolo un método de conexión con el sí mismo y con el cosmos, mediante el proceso iniciático. Y ese proceso de iniciación es en gran medida una retrogradación, una vuelta al origen, a la sustancia primordial. El VITRIOL alquímico, la metáfora de "visitar el interior de la tierra y de rectificar para encontrar la piedra oculta", no es más que una sugerencia de conocerse a sí mismo como condición para lograr la individuación, para recobrar la creatividad, para abrirse a múltiples formas de la verdad, de tolerancia y de construir socialmente apegado a una ética.

Los grados masónicos hacen referencia a los diversos planos de realidad que se hayan dislocados o desalineados y, para proceder a la rectificación, ofrecen un conjunto de procedimientos y representaciones rituales. Entre esos procedimientos, se encuentra la "posición al orden".

Al referirse al origen de esta postura, Wirth la hace remontar a las asambleas de los pueblos germanos. Describe un lugar o recinto, participantes, etc., pero no aporta ningún elemento probatorio de que se realizara la ceremonia tal como él la describe e interpreta. Expresa que el jefe del grupo invitaba a los presentes a "colocarse en orden" o a "ponerse en orden". No afirma tajantemente qué significaba exactamente tal petición, sino dice "es posible que ello se entendiera tomar una actitud convenida"¹. No agrega nada más que pudiera ligar esa costumbre con el ceremonial masónico. Más plausible es la explicación proporcionada en "Cosmogonía Masónica"². Textualmente se afirma que "Estar "al orden" es un gesto ritual bastante importante en Masonería, pues no hay que olvidar que la propia palabra rito es idéntica al sánscrito *rita*, que significa "orden", o acción hecha conforme a un orden". Este mismo autor aclara que los signos de los masones se guían por los símbolos escuadra, nivel y perpendicular. Para convencernos de esto, afirma que los gestos vinculados tienen como instrumentos la mano y el brazo derechos, variando la posición de este último según el grado: "a la altura de la garganta en el primero, en la del corazón en el segundo, y entre las dos caderas y a la altura del ombligo en el tercero". Es interesante acotar que "habría que añadir un signo en la sumidad de la cabeza -"o clave de bóveda"- realizado también en el grado de maestro".

Es indispensable agregar que, en el grado de compañero, el gesto se completa con la mano izquierda levantada y abierta con los dedos separados y el dedo pulgar cercano a la sien del mismo lado de la cabeza.

¹ Wirth, Oswald. El Libro del Compañero.

² Siete Maestros Masones. 2003. Cosmogonía Masónica. Editorial Kier, Argentina. 253 p.

¿Cómo se explicaría el o los signos de la posición al orden?. Wirth expresa que la mano izquierda levantada afirma la sinceridad. La disposición en escuadra de la mano derecha afirma que los actos están inspirados en la justicia y la equidad.

Algo más locuaz que Wirth es Lavagnini³. Confirma que la posición de los dedos de la mano derecha se corresponde con el símbolo de la escuadra y agrega que la izquierda corresponde a la figuración de la Estrella Flamígera. La mano derecha sobre el corazón tendría el sentido de autodomínio. La mano izquierda sobre la sien, sería el dominio de la quintaesencia. La suma de ambos gestos sería, además, la conciliación de los contrarios: intelecto/voluntad, pasividad/actividad. Remata sus consideraciones expresando que el signo del compañero se refiere al trabajo inspirado por un ideal superior. Fuerza es concluir que estos autores se mantienen en el estrecho ámbito de una ética bonachona, tan cambiante como sea la cultura que domine en ese momento histórico.

La literatura masónica clásica es bastante parca o ambigua respecto de la posición al orden o, si se quiere, respecto a los signos o posturas de manos y brazos. Jorge Adoum no le dedica más de cuatro líneas en "El Compañero Masón y sus Misterios". En "El Secreto Masónico" de Robert Ambelain, aunque tiene un sentido más historicista, no hay referencia alguna. Lo mismo ocurre con "La Religión de la Masonería" y con "Los Arquitectos", de Joseph Fort-Newton; con "El Manual Masónico" de Robert Macoy; con "La Magia de la Francmasonería" de Arthur Powell, con "De la Maçonnerie Occulte" y con el "Curso Filosófico de las Iniciaciones" de Jean Marie Ragon; con "el Libro Negro de la Francmasonería" de Serge Raynaud de la Ferriere; con "Estudios de la Francmasonería y el Compañerazgo" de René Guenon.

Una breve pero aguda insinuación se efectúa en "Cosmogonía Masónica". Se dice allí que los signos "recuerdan evidentemente la localización de algunos de los centros de energía sutil o chacras". Estando esos centros "situados simbólicamente a lo largo de la columna vertebral", ésta sería "una imagen del eje del mundo". El despertar de estos centros dependería de la concentración y reiteración del rito y estaría relacionado con el despertar o avance hacia un nuevo nivel de conciencia. Wirth pareciera compartir este enfoque al deslizársele una frase fuera de contexto en el Libro del Compañero: "La izquierda capta las energías exteriores y la derecha las conserva o acumula en el corazón".

Hay un aspecto del cual los autores que hemos consultado no parecen percatarse. En apariencia se valora los signos por su simple repetición mecánica -como la simpática imitación que realizan los simios- y se deja de lado la importancia de su uso consciente para una conexión a voluntad con otros estados de conciencia, de canalización de energía o de estimulación de imágenes arquetipales. Si esta actitud es así es porque hay un acercamiento al tema dentro de los estrechos límites de la erudición y no se ha practicado el despertar auténtico.

³ Lavagnini, Aldo. Manual del Compañero.

Por lo anterior es que consideramos que todas las interpretaciones que se han presentado no son más que matices dentro de una esfera de conocimiento, la de carácter intelectual, y en forma bastante superficial por lo demás. Nada dicen del carácter operativo o funcional en el ámbito del alma o de la psiquis o en el ámbito holístico. En cambio, bajo el enfoque operativo, el eje vertical deja de ser una mera referencia para transformarse en un canal efectivo donde pueden circular no sólo las sensaciones sino también las energías y el intercambio de cargas por diferencia de potencial. Tanto la columna vertebral de la individualidad, como otros canales corporales cumplen el papel de conductores de la energía. A lo largo de los canales, en puntos o lugares específicos, se encuentran centros o aperturas de comunicación de la energía corporal con el entorno. La cultura indiana los denomina "Chacras". La cultura china los denomina "Tan-tien". La localización de estos puntos no está distribuida al azar ni al capricho de quienes los reconocen y los usan. Están localizados frente a las glándulas de secreción interna. Es notoria la coincidencia de los signos de los francmasones con los tan-tien.

En el signo del aprendiz, la posición de la mano derecha en escuadra está precisamente a la altura de la tiroides. En el signo del compañero, la mano derecha se encuentra localizada no sólo a la altura del corazón, sino simultáneamente a la altura de la glándula timo. Por su parte, el pulgar de la mano izquierda se halla posicionado a la altura de dos glándulas: la pituitaria, detrás del entrecejo, y de la glándula pineal, a la misma altura pero más atrás, más hacia el centro de la caja craneana.

Nuestra hipótesis es que los signos, en su uso y descripción contemporáneos, no son más que un relicto o los restos incomprendidos de un fenómeno cultural anterior, profundo y potente. El aspecto que parece -solamente parece- haberse perdido es aquél ligado a los ejercicios de vocalización y conducción de la energía a través del cuerpo denso y de los cuerpos más sutiles de la geografía corporal humana.

La capacidad de dominar el flujo energético mediante los mantras estimuladores y los signos masónicos sería un proceso estructurado que conduciría por el camino de la salud. Esto es, el redescubrimiento de la piedra filosofal, es decir, la transmutación de lo enfermo en sano, de la neurosis en autodominio, de la pasividad de una espiritualidad dispersa a la influencia del conjunto de la personalidad en el entorno. Existe todo un universo abierto a la investigación de estos temas. Algo se ha avanzado, pero constituye un tema reservado solamente a quienes comparten el espíritu de Hermes.

Octubre de 2008.